

LA CALANDRIA.

[Continúa.]

IV

—Echate un fósforo.

El compañero de Gabriel hundió las manos en los bolsillos de su ajustado pantalón y tras largo buscar sacó un palillo que frotó en la pared una, dos, tres, cinco veces, hasta que al fin se incendió la mixtura, produciendo insoportable hedor. Gabriel hizo un gesto de repugnancia.

—No tengo de otros, hermano. La patria no da para más, y presentó al mozo la flamígera astilla, encendiendo en ella un cigarro de "El Moro."

—Como te iba diciendo,—prosiguió Gabriel, escupiendo la punta del cigarrillo, arrancada con los dientes, y aplicando éste á la flama,—como te iba diciendo, ya mi madre recogió á la muchacha. Él se lo encargó, por eso. Desde que él se casó se separaron; Guádalupe se enojó y ya no volvieron á juntarse.

—Te pechaste, hermano, ahora si estás en la arena..... ¡quién fuera tú!

—Ya irás á empezar con tus guasas.....

—¡Ja, ja, ja, ja! No, hermano; pero la verdad es que ya quisieran otros..... la muchacha te quiere..... es bonita, y lo que se siente es la ventaja.

—Puede que sí me quiera. Mi mamá me dijo que cuidado con las cosas, que ya sabía yo quién era su padre, y que bastante tenía la pobre con ser huérfana y estar como dejada.

—Sí hermano; todo eso está en la razón, pero si ella te quiere y tú á ella..... Yo, la verdá, en lugar de Doña Pancha te corría. Tú eres *reata* y taimado; te la echas de bueno, y vas á hacer una de las que tú sabes. Acuérdate de la hija de Don Marcos..... que cuando estaba en el acomodo de frente al taller..... ¡Hasta el maestro te echó la grande!..... Acuérdate, hermano, y no te hagas jaula.

—Palabra, palabra, que no fui yo.

—¿Pues quién fué?

—La cosa de allá salió. Para que veas, no me faltó oportunidad; pero, la mera verdá, yo no fui.

—Hora dirás que fué el viejo.....

—Dicen que fué el muchacho. Aquel de los bigotes engomados.....

—¿Ese? ¡Qué! Si era muy pazguate.....

—Pues ese; ya sabes que los *catrines* son los que se emparejan con las criadas. ¡La ropa, hermano, la ropa!

—¡Y qué bonita estaba la muy indina!

Gran parte de los veladores, hombres y mujeres, distraían los fastidios y tristezas del *velorio* con animados juegos de estrado. Al *florón*, juego insulso y de memos, sucedió el *corre-conejo*, que es de lo más pecaminoso. El de la *harina* y de la *bala* fué interrumpido graciosamente por el *sur* que seguía soplando con intermitencia.

En otro grupo, el casero, viejo soldado de 47, contaba lances de aparecidos, é historias de espantos, conversación obligada é indispensable de todos los *velorios*, con tales frases y aspavientos y tales rasgos de pavorosa fantasía que hubiera puesto miedo en el alma del más animoso enterrador.

A cada instante el aire iba siendo más reseco y pesado. El viento caldeaba la atmósfera, hacía crugir las vigas y mover las puertas, y á las veces como enfurecido y rabioso contra la indiferencia de los tertulios, embestía con furia y recorría las galerías, alzando una nube de polvo, barriendo los pisos y levantando en torbellino los pétalos de rosa, las hojas de naranjo y los tallos de romero que formaran la florida alfombra.

Doña Pancha muy embozada en su *rebozo coyote*, vino en busca de los muchachos.

—¿No quieren más café?

Ambos acudieron en pos de la quintañona.

—Vaya, tomen,—les dijo, poniendo entre los futuros maestros de ebanistería, sendas tazas de café, tamañas que una bañadera, un plato de bizcochos, otro de azúcar, y una botella. Los amigos se portaron á las mil maravillas con aquel repuesto.

—Ya no hay pan del otro. No se apliquen al añejo, que vamos á misa de alba, y éste tiene que arreglar el entierro para las cuatro. Acuérdate que hay que pedir un papel al médico.

—No tenga vd. cuidado, Doña Panchita, que no le entraremos recio al trago.

—Señora madre: ¿quién hace la caja? Es domingo.....

—Ustedes. La harán barata.

Los jóvenes convinieron en que ellos tomarían á su cargo la obra, siempre que el *maestro*, Don Pepe Sierra, les permitiera trabajar en el taller.

—¿Y Carmen?—preguntó Gabriel.

—Está durmiendo en casa de Malenita. La pobre vino y se la llevó á cenar. Arreglamos que pasara allá la noche. Como ahora está sola, porque Don Juan está en Veracruz..... También arreglamos que iría á misa de cuatro.

—Pero..... ¿cómo?..... observó Gabriel.

—Sí, que vaya á rezar por la difunta. Ustedes como son tan impiotes.

—No, pero ni ganas tendrá.

—Pues que las busque. ¿No es verdad, Tacho? Van también las del 15. Voy á buscarlas.

—Están despiertas, señora madre. Han estado aplanando toda la noche. Tienen que entregar la ropa mañana.

—Pues entonces á Carmen.

—Déjela dormir,—dijo Tacho—estará desvelada.

—No, anoche durmió acá. ¿Verdá, Gabriel? ¿Quieren más café? Si quieren ahí está, en el anafe. ¡No le entren al aguardiente!

Siguieron departiendo, en grata conversación los dos amigos, y haciendo cálculos acerca del ataud.

—Mañana hay baile.

—¿Qué baile?

—El de Pancho Solís.

—Eso es; no me acordaba. Ya me convidó ayer.

—¿No vas?

—Yo tengo mis ganas; pero con esto de la difunta.....

—¡Y qué te importa! Vaya: si tu mamá se opone, á buena hora coges el sarape y te largas, El baile empieza á las ocho; el entierro será á las cuatro. Va á estar ese baile como bala. Van las Gómez, las hijas del cojo; la trigueñita de "*La Jardinera*".....

—¿Cuál?

—La hermana de Fernando Pérez.

—¡Ah! ¿La meneadorcita aquella que te habló ayer?

—Esa. Anímate, chico. Van las costañitas, las primas de Camilo,

Marcelina y la altota de por la Estación, que anda con ella. ¡La mar!

El viento había cesado. El hermoso cielo de la madrugada, puesta ya la luna, centelleaba con las últimas pompas de invierno. Oíase el ladrido de perros lejanos, y, de tiempo en tiempo, el quiquiriquí agudo de un gallo joven que desde los patios vecinos saludaba el próximo albeo de hermoso día.

El reloj de la plaza dió la media, y la campana mayor del templo parroquial comenzó á tocar el alba. A los ecos solemnes del sagrado bronce iba despertando la Naturaleza. Todo se asperzaba al salir del sueño, y con rumor creciente la dormida ciudad tornaba á la vida. Presentíase el inmediato advenimiento de la luz. La campana llamaba á misa y se escuchaban ya, en la calle, los pasos y voces de los madrugadores, que apresurados iban caminito del templo.

Penoso y acongojado llorar vino á interrumpir la conversación de los carpinteros. Carmen, arrodillada, gemía y sollozaba ante el cadáver de Guadalupe. A duras penas consiguieron Doña Pancha y las del 15, quitarla de allí, para llevarla á misa.

Tras ellas, embozados en sus sarapes, iban Gabriel y su compañero Anastasio Romero. Las vecinas se quedaron á rezar el último rosario.

A las cinco menos cuarto fué el entierro.

Gabriel y Tacho pusieron en la obra los cinco sentidos. La caja era de pino, y estaba pintada de negro y adornada con tiras de papel dorado. Tenía sendas perillas de latón en los ángulos superiores, y una en el centro de la tapa rematada con un penacho de plumas negras, apabulladas y cenicientas, desinteresadamente prestadas por Don Pepe Sierra, y descansaba en unas angarillas que á Gabriel se le antojaban símbolo de la niveladora muerte, pues decía á su compañero de taller, al colocar sobre ellas la urna:

—De veras, hermano, que para la Muerte toditos somos iguales. Mira: en estas andas han llevado á enterrar á muchos ricos y á muchos pobres; unas cajas han sido lujosas y adornadas, otras peor que ésta, de brocha gorda; unas finas, forradas de merino, y hasta de raso; otras en que el maestro echa *leona*, no más embarradas; unas para viejas, otras para muchachas bonitas..... Todos han ido en esta parihuela. La muerte á todos nos empareja.

El menestral en sus melancólicas filosofías se igualaba, aunque en vilísima prosa de carpintero, al gran poeta clásico, en aquello de *la pallida mors*.....

En pos del fúnebre cortejo, vestidas de negro y sofocadas y jadeantes iban las vecinas, y tras ellas no pocos hombres, y muchos chicuelos inquietos y endriantados, más alegres y divertidos que si corrieran libres por el campo, y con ellos el monaguillo, muy grave y seriote, con el jarro de agua bendita y el consabido aspersorio de romero. Renovó en el templo la provisión del santo líquido y las dolientes llenaron también botellas y pucheros. Un sacerdote rezó como de prisa y entre dientes las preces por los difuntos, bendijo el cadáver, echó una cucharada de tierra sobre el féretro y el cortejo tomó camino del cementerio, buscando las aceras sombreadas, y huyendo, cuanto era posible, de los rayos de aquel sol primaveral que se despedía espléndido y magnífico desde la cima de la montaña próxima, con todo el fuego de un día de Mayo caldeado por el *sur*.

Sepultado el cadáver, Angelillo, el monago de Santa Marta, asperjó la fosa hasta cansarse, y las dolientes amigas vaciaron sobre la tierra removida toda el agua bendita del repuesto.

Volviéronse todos al *patio* de San Cristóbal por los *callejones* más frescos y hermosos, para gozar de aquella tarde luminosa y dorada. Charlaban las mujeres, fumaban los varones, los chicos merodeaban por *solares* baldíos y abiertos cercados, en busca de naranjas tardías, apedreando aquí y allá á los canes famélicos y ladradores que les estorbaban el paso y que huían rápidos al verse amenazados.

Al llegar al patio se convino en rezar á las ocho de la noche, y por nueve días, los acostumbrados rosarios. Gabriel y Tacho se despidieron en el zaguán, citándose para el baile de Solís.

El enamorado de la huérfana entró á *beber*, es decir, á tomar café, conversó buen rato con la afligida dulcinea, y mientras se reunían para el rezo y Doña Pancha echaba su párrafo de conversación con Melenita, se vistió de gala, se caló el galoneado sombrero de felpa, tercióse el joronguillo multicolor, y alegre y campante, ¡zas!..... se largó al baile.

Iba pensativo. Sentíase enfermo y no gozaba de la actividad placentera y feliz del hombre sano, en él nunca debilitada y siempre vigorosa. Acaso fuera por consecuencia del trasnoche ó por el cansancio del trabajo festinado, pero ello es que nuestro Gabriel estaba triste. — He

visto tantas historias desde ayer,—se dijo—que por eso estoy así. No hay que hacer caso..... una copa y listo!

Sencillo de sentimientos, inesperto, en punto á juveniles amoríos, no acertaba á darse cuenta de lo que le pasaba y sentía. Ignoraba la causa de la dulce melancolía que le embargaba el ánimo. El amor había entrado ya en aquel corazón que ni desengaños ni vicios habían debilitado todavía, y que se abría como una flor campestre al blando cirrillo de la ternura.

La suerte le había puesto en el camino de la huérfana, que joven, bella, hacendosa, parecía como creada de propósito para él; pero una sombra empañaba los risueños proyectos de felicidad futura.—“¿Por qué,— se decía—por qué es hija de un rico? Si lo fuera de un artesano, como, por ejemplo, de Don Pepe Sierra, para quien mi honradez y mi trabajo valieran algo, no estaría yo tan inquieto y triste. Ese Sr. Ortiz no ha de quererme, estoy cierto de ello.” Pensando en esto entró á la casa de Solís, donde su amigo Tacho le aguardaba.

—¿Qué hacías?—le dijo éste—Ya llevamos dos piezas. No han llegado todavía las costañas..... Ya me le apersoné á la hija del cojo, que es la mejor pareja de la sala, y..... me parte que es un gusto, y qué bien baila!..... Pero, ¿qué tienes?..... Te veo cara de pichón espantado.

—La verdá, estoy, así..... como malo.

—Lo que tú tienes me lo sé yo..... Es por Carmen.....

—No, pero ya ves, apenas hoy enterramos á Guadalupe, y ya ando en bailes..... me parece que esto no está bueno, Me arrepiento de haber venido.

—No; lo que pasa es que temes que el tata..... ¡No le alces pelo, hermano, que no es para tanto!

—¡A Dios!

—Ven y tómate una copa. No te apures..... ¿Qué piensas hacer?

—Yo me entiendo con ella; pero si ese Señor la recoge, me hará menos..... al fin es hija de quien es.

—¡Y eso qué!

—Con otra, yo sabría á que atenerme; pero tratándose de Carmen la cosa es distinta.

—Toma, toma la copa, que van á tocar un vals.

Tacho puso ante Gabriel un vasito de cognac, que el entristecido muchachoapuró de un sorbo.

—¡Puff! Parece contrahecho.

—¡A Dios con el fino! desde que vas á emparentar con ricos, ya nada te gusta. Ya lo quisieras para todos los días. No te apenes y vamos á bailar. Acuérdate de lo que ahora te digo; ese Señor no le vuelve á hacer caso. ¡Mejor para tí!

—¡Quién sabe!

La música anunció un vals arrebatador. Los dos amigos entraron á la sala. Romero iba diciendo para sí:—¡De que los hay, los hay! ¡Lo necesario es dar con ellos!

V

No lo había previsto, y el caso urgía. La casa era muy chica: dos piezas del tamaño de una nuez, donde apenas cabían Gabriel, Doña Pancha, y la maritornes, una india tuerta que hacía las compras y lavaba cazuelas y pucheros.

La buena señora no sabía qué hacer. El cuarto quedaba hacia la calle, sala y alcoba al mismo tiempo, era de Gabriel; en el otro dormían las dos mujeres.

La última noche se la compusieron Dios sabe cómo; más para lo de adelante no podía ser así. Gabriel no había de dormir todos los días en casa ajena, y por nada de esta vida dejaría su camita amarilla, que él mismo se había hecho, tan alegre, tan bonita, con sus almohadas altas, suaves, con sus fundas tejidas de gancho, su cobertor colorado y su blanco mosquitero de linón. Nadie había de acostarse en ella; ¡cuidado! ni la misma Doña Pancha. ¡Con aquel geniecito! Bueno se puso aquel día que Malenita, de cuernos con el Licenciado, abrumada de pena y rabiando de las muelas, descansó en ella un rato! Sólo tratándose de Carmen no decía esta boca es mía. Cuantas veces la muchacha, desvelada, había dormido por largas horas, en el cómodo lecho del ebanista, y Gabriel llegaba, se conmovía al verla, y temeroso de turbar su sueño entraba de puntillas, conteniendo el resuello, á dejar la blusa y en busca del sarape. Pero todo esto no le gustaba á Doña Pancha.—“Esto me huele mal.—decía—tan maldiciente y secote con todos, con Carmen parece de dulce. ¿Sí?..... Entre santa y santo pared de cal y canto.”

En fin, ya no era hora. La huérfana—como el mozo se lo esperaba—ocupó la camita, y Gabriel, al tornar del baile durmió muy contento á los pies del armario, cerca del hogar, soportando pacientemen-

te el hedor de ajos y cebollas que despedía la tabla del recaudo, y oyendo el subir y bajar de los ratones, que se paseaban á sus anchas por entre las tazas y los platos.

Al día siguiente tomó en arrendamiento el cuarto contiguo, y sin acordarse más de la camita, que la huérfana no aceptó sin resistencia, compró un catre nuevo y se instaló en la habitación. No era conveniente que Carmen siguiera usando las ropas de cama que habían servido á la enferma y Gabriel cedió todo el avío.

Doña Pancha, aunque no libre de temores, estaba contenta, se mostraba satisfecha, y Carmen la pasaba bien. Cuando el mozo volvía del taller por la noche, se formaba en torno de la mesa una agradable tertulia. Tacho solía formar parte de ella y allí se conversaba que era una gloria.

La huérfana se mostraba muy agradecida con Doña Pancha; y no poco alivio fué para la quintañona que Carmen viniera en su ayuda. Siempre estaba lista para lavar, cocinar y arreglar la casa; para servir al mancebo por demás oficiosa. Era justo: Gabriel se portaba con ella á las mil maravillas. ¡Y qué camisas se ponía, Virgen Santa! ¡Ni la misma nieve de blancas y nítidas! ¡Vaya si iba guapo el ebanista! Sobre que Carmen atendía á todo: botones caldos, deterioros inesperados, manchas, descosaduras. El sábado por la noche, cuando el mozo iba á acostarse, ya se encontraba todo muy arregladito y muy bien puesto. En una canasta, tapada con un pañuelo, la ropa interior, la camisa con los gemelos ya trabados, y prendida al cuello la corbata luenga y chillona. En la silla, el correcto pantalón flor de romero, el chaleco blanco y la chaquetilla gentil. En el clavo, el sombrero de gala, el lujoso sombrero de felpa gris, con galones de plata, gruesa toquilla, y monogramas, ya muy peinado y cuco. ¡Qué manecitas aquellas de Carmen, tan hábiles para hacer en la felpa las figuras más caprichosas y elegantes! Ora, fajas decrecientes, suaves y perfectas, que subían en salomónicas espiras hacia lo alto de la copa; ora, sobre el fondo alisado, atrevidos toques que parecían motas apabulladas; ya, círculos paralelos que iban ciñendo el pilón, de mayor á menor, ya, en fin, líneas quebradas que imitaban complicadas ramazones, ó, lo que era más gallardo, hojas de palmera. Al pié de la cama los botines amarillos, de suela delgada y aguzada puntera, limpios, aceitados, como diciendo á su dueño: “—amigo mío, á dormir temprano, que mañana es domingo y hay que subir y bajar, todo el día, por esas calles que Dios bendiga!”

Cuando á medio día llegaba el mozo, ya la mesa estaba servida: sobre el blanco mantel, el pan francés, con su dorada y esponjada corteza; la botella del pulque, convidando al sediento; las tortillas envueltas en la servilleta flecada que trasudaba toda, los platos de azulados paisajes, como un espejo, y el arroz blanco con plátanos fritos, que parecía un vellón con manchas leonadas. ¡Y qué bien se comía! ¡Qué buen apetito tiene el hombre trabajador cuando al volver á casa encuentra todo en regla, y hay en la mesa dos ojos negros que le miran cariñosos y amantes!

Sin embargo, Carmen no recobraba aún su canora alegría. La Calandria seguía en muda. El cierzo del dolor la tenía mustia. Poco á poco volvían á sus labios las canciones y los trinos. Primero, fueron gorjeos que se le escapaban involuntariamente; luego, vibrantes notas que espiraban al nacer, y más tarde, toda una melodía lánguida y plañidera, que terminaba con una cadencia lúgubre.

Gabriel gustaba de oirla cantar, mas no se atrevía á pedirle que dejara escuchar su hermosa voz, temeroso de profanar el doliente silencio de la joven. ¡Y qué voz! Si hemos de creer lo que decía Enrique López, era de lo que hay poco.

La guitarra, muy adornada con su ramo de camelias de trapo y su gran lazo de cintas tricolores, dormía boca abajo sobre las sillas de la salita, sin esperanza de gozar, en mucho tiempo, de un rato de jolgorio. Gabriel pensaba al verla—“¡lástima! ¡se está ensordeciendo!”

Un día, de poco trabajo para las vecinas, Doña Pancha andaba de calle, y Carmen sola en el lavadero, jabonaba algunas prendas. El hermoso cielo de las mañanas estivales, profundamente azul, sembrado allá por el Oriente de majestosos cúmulos, comunicaba á las almas esa indefinible alegría que tiene todo lo inmenso y luminoso. La tarea tocaba á su término, y Carmen enjuagaba la última pieza. Algo sentía dentro del pecho, indefinido y grato; algo en que iban mezcladas tristeza y alegría, como lo que experimentan las almas soñadoras ante las pompas del crepúsculo vespertino, cuando la tarde junta, por singular manera, á las tintas violadas que anuncian la proximidad de la noche, el ígneo fulgor de la aurora en los mares: amor, dulce amor. Y pensaba en Gabriel.—“¿Dónde estará? ¿En el taller? No; ese pícaro no pierde la costumbre de hacer san lunes. ¿Con quién estará?..... Y es muy guapo..... ¡vaya que lo es!..... y buen muchacho..... ¡lo que es buen muchacho, trabajador, honradote, franco, como ninguno! Mamá

dice..... decía—aquí la huérfana, al corregir su pensamiento, suspiró con pena,—decía, que si todos fueran como él!.....”

“Gabriel la amaba, sin duda; bien clarito se lo decían aquellas miradas mortecinas, insistentes, apasionadas; aquel afán de agradarla, aquel empeño en mimarla. Pero por qué no hablaba, por qué no se lo decía, así, quedito, sin que nadie lo oyera?”

La huérfana levantó al cielo los ojos, y al hundir sus miradas en las profundidades del éter, respiró como queriendo beber las olas de aquel piélago cerúleo. Alegre como la alondra que descubre en la cima de la montaña el primer albor del alba, principió á cantar bajito, tan bajito que apenas si ella misma se oía.

En esto entró Gabriel, de prisa, sin reparar en la joven. Esta le iba siguiendo con la mirada á lo largo del corredor. El ebanista llegó á la puerta, hallóla cerrada, y con los nudillos, dió en ella dos golpes sonoros, tan, tan, á los cuales respondió la huérfana cantando en alta y apasionada voz:

“¡ Tan! ¡ Tan! Niña, á tu puerta,
llamando amor está.”

Al oír el inesperado canto, Gabriel se estremeció, pero al punto dominó su emoción.

—¡Ah! Con que aquí está la cantadorcita.—Y se acercó al lavadero, agachándose para pasar bajo los tendedores que se rendían al peso de las ropas empapadas.

—¡Cuidadito con hacer una diablura! ¡Cuidado con ese mantel! ¿Qué horas son estas de venir á la casa? Doña Panchita fué á recoger la ropa de las Robles, y, por lo visto, mi Don Gabriel hace san lunes. Bueno, bueno..... se dará parte á la señora.

—Hoy nadie trabaja. Hasta Don Pepe, con todo y ser el maestro, se pasa el día platicando con su vecino el militar.

—¿Y eso qué, Gabriel? Yo quiero que sea vd. más trabajador. Para vagamundear, el domingo.

—Así se hará. Tiene vd. mucha razón; pero..... en lunes ni las gallinas ponen.

—Sí que ponen, y las lavanderas lavan. Aquí estoy yo: así me he pasado toda la mañana.

Carmen que ni por un momento había dejado el trabajo, exprimía al decir esto, un lienzo hecho un rollo, torciéndole y retorciéndole con